

arranqué mis cabellos, maldije mi suerte, y le que más sentia ero no poder hacer estos sacrificios á todas horas, por la forzosa presencia de mi padre: en fin, por acabar de quejarme sin impedimento, ó por acabar la vida, que es lo más cierto, determiné dejar la casa de mi padre; y como para poner por obra un mal pensamiento parece que la ocasion facilita y allana todos los inconvenientes, sin temor alguno hurté á un paje de mi padre sus vestidos, y á mi padre mucha cantidad de dineros, y una noche, cubierta con su negra capa, sali de casa, y á pié camino algunas leguas, y llegué á un lugar que se llamaba Osuna, y acomodándome en un carro, de allí á dos dias entré en Sevilla, que fué haber entrado en la seguridad possible para no ser hallada, aunque me buscasén: allí compré otros vestidos y una mula, y con unos caballeros que venian á Barcelona con priesa por no perder la comodidad de unos galeras que pasaban á Italia, camino hasta ayer, que me sucedió lo que ya habréis sabido de los bandoleros que me quitaron cuanto traia; y entre otras cosas la joya que sustentaba mi salud y aliviaba la carga de mis trabajos, que fué la cédula de Marco Antonio, que pensaba con ella pasar á Italia, y hallando á Marco Antonio presentársela por testigo de su poca fe, y á mí por abono de mi mucha firmeza y

hacer de suerte que me cumpliese la promesa pero juntamente con esto he considerado que con facilidad negará las palabras que en un papel están escritas, el que niega las obligaciones que debian estar grabadas en el alma: que claro está, que si él tiene en su compañía á la sin par Teodosia, no ha de querer mirar á la desdichada Leocadia: aunque con todo esto pienso morir, ó ponerme en la presencia de los dos, para que mi vista los tarbe su sosiego; no piense a quella enemiga de mi descanso gozar tan á poca costa lo que es mio; yo la buscaré, yo la hallaré y yo la quitaré la vida, si puedo. ¿Pues qué culpa tiene Teodosia, dijo Teodoro, si ella quiza tambien fue engañada de Marco Antonio, como vos, señora Leocadia, lo habeis sido? ¿Puede ser eso así, dijo Leocadia, si se la llevó consigo? Y estando juntos los que bien se quieren, ¿qué engaño puede haber? Ninguno por cierto pellos están contentos, pues están juntos, ora estén, como suele decirse, en los remotos y abrasados desiertos de Libia, ó en los solos y apartados de la helada Escitia: ella le goza sin duda, sea donde fuere, y ella sola ha de pagar lo que he sentido hasta que le hallé. Podía ser que os engañásedes, replicó Teodosia, que yo conozco muy bien á esa enemiga vuestra que deis, y sé de su condeion y recogimiento que nunca ella se aventuraria á

dejar la casa de sus padres ni acudir á la voluntad de Marco Antonio, y cuando lo hubiese hecho, no conociéndoo, ni sabiendo cosa alguna de lo que con él teníades, no os agravió en nada, y donde no hay agravio, no viene bien la venganza. Del recogimiento, dijo Leocadia, no hay que tratarme, que tan recogida y honesta era yo como cuantas doncellas hallarse pudieran, y con todo eso hice lo que habeis oido : de que él la llevase, no hay duda; y de que ella no me haya agraviado, mirándolo sin pasion, yo lo confieso; mas el dolor que siendo de los celos me la representa en la memoria, bien así como espada que atravesada tengo por mitad de las entrañas, y no es mucho que como á instrumento que tanto me lastima, le procure arrancar dellas y hacerle pedazos : quanto más, que prudencia es apartar de nosotros las cosas que nos dañan, y es natural cosa aborrecer las que nos hacen mal y aquellas que nos estorban el bien. Sea como vos decís, señora Leocadia, respondió Teodosia, que así como veo que la pasion que sentís ne os deja hacer más acertados discursos, veo que no estais en tiempo de admitir consejos saludables : de mí os sé decir lo que ya os he dicho, que os he de ayudar y favorecer en todo aquello que fuese justo y yo pudiero, y lo mismo os prometo de mi hermano, que su natural condicion y nobleza no

le dejarán hacer otra cosa : nuestro camino es á Italia; si gustáredes venir con nosotros, ya poco más ó ménos sabeis el trato de nuestra compañía; lo que os ruego es me deis licencia que diga á mi hermano lo que sé de vuestra hacienda, para que os trate con el comedimiento y respeto que se os debe, y para que se obligue á mirar por vos como es razon : junto con esto me parece no ser bien que mudeis de traje; y si en este pueblo hay comodidad de vestiros, por la mañana os compraré los vestidos mejores que hubiere, y que más os convengan, y en lo demas de vuestras pretensiones, dejad el cuidado al tiempo, que es gran maestro de dar y hallar remedio á los casos más desesperados. Agradeció Leocadia á Teodosia, que ella pensaba ser Teodoro, sus muchos ofrecimientos, y dióle licencia de decir á su hermano todo lo que quisiese, suplicándole que no lo desamparase, pues veia á cuántos peligros estaba puesta si por mujer fuese conocida.

Con esto se despidieron y se fueron á acostar, Teodosia al aposento de su hermano, y Leocadia á otro que junto dél estaba. No se habia aún dormido D. Rafael, esperando á su hermana por saber lo que le habia pasado con el que pensaba ser mujer; y entrando antes que se acostase, se lo preguntó, la cual punto por punto le contó to-

do cuanto Leocadia le habia dicho, cuya hija era, sus amores, la cédula de Marco Antonio y la intencion que llevaba. Admiróse D. Rafael, y dijo á su hermana: Si ella es la que dice, séos decir, hermana, que es de las más principales de su lugar, y una de las más nobles señoras de toda la Andalucía: su padre es bien conocido del nuestro, y la fama que ella tenia de hermosa corresponde muy bien á lo que ahora vemos en su rostro; y lo que desto me parece que debemos andar con recato, de manera que ella no hable primero con Marco Antonio que nosotros, que me da algun cuidado la cédula que dice que le hizo, puesto que la haya perdido; pero sosegaos y acostaos, hermana, que para todo se buscará remedio. Hizo Teodosia lo que su hermano la mandaba en cuanto al acostarse, mas en lo de sosegarle no fué en su mano, que ya tenia tomada posesion de su alma la rabiosa enfermedad de los celos. ¡Oh, cuánto más de lo que ella era se le representaba en la imaginacion la hermosura de Leocadia y la deslealtad de Marco Antonio! ¡Oh, cuántas veces leia ó fingia leer la cédula que la habia dado! ¡Qué de palabras y razones la añadía, que la hacian cierta y de mucho efecto! ¡Cuántas veces no creyó que se la habian perdido, y cuántas imaginó que sin ella Marco Antonio no dejara de cumplir su pro-

mesa, sin acordarse de lo que á ella estaba obligado! Pasósele en esto la mayor parte de la noche sin dormir sueño. Y no la pasó con más descanso D. Rafael, su hermano, porque así como oyó decir quién era Leocadia, así se le abrasó el corazon en sus amores, como si de mucho antes para el mismo efecto la hubiera comunicado; que esta fuerza tiene la hermosura, que en un punto, en un momento, lleva tras sí el deseo de quien la mira y la conoce; y cuando descubre ó promete alguna via de alcanzarse y gozarse, enciende con poderosa vehemencia el alma de quien la contempla, bien así del modo y facilidad con que se enciende la seca y dispuesta pólvora con cualquiera centella que la toca: no la imaginaba atada al árbol ni vestida en el roto traje de varon, sino en el suyo de mujer, y en casa de sus padres, ricos y de tan principal y rico linaje como ellos eran: no detenia ni quiera detener el pensamiento en la causa que la habia traido á que la conociese; deseaba que el dia llegase para proseguir su jornada y buscar á Marco Antonio, no tanto para hacerle su cuñado, como para estorbar que no fuese marido de Leocadia; y ya le tenian el amor y el celo de manera que tomara por buen partido ver á su hermana sin el remedio que le procuraba, y á Marco Antonio sin vida, á trueco de no verse sin esperanza de alcan-

zar á Leocadia ; la cual esperanza ya le iba prometiendo felice suceso en su deseo, ó ya por el camino de la fuerza, ó por el de los regalos y buenas obras, pues para todo le daba lugar el tiempo y la ocasion. Con esto que él á sí mismo se prometia, se sosegó algun tanto, y de allí á poco se dejó venir el dia y ellos dejaron las camas, y llamando D. Rafael al huésped le preguntó si habia comodidad en aquel pueblo para vestir á un paje, á quien los bandoleros habian desnudado. El huésped dijo que él tenia un vestido razonable que vender : trújole, y vinole bien á Leocadia. Pagóle D. Rafael, y ella se le visitó y se ciñó una espada y una daga con tanto donaire y brio, que en aquel mismo traje suspendió los sentidos de D. Rafael, y dobló los celos en Teodosia. Ensillo Calvete, y á las ocho del dia partieron para Barcelona, sin querer subir por entónces al famoso monasterio de Monserrate, dejándolo, para cuando Dios fuese servido de volverlos con más sosiego á su pátria. No se podrá contar buenamente los pensamientos que los dos hermanos llevaban, ni con cuan diferentes ánimos los dos iban mirando á Leocadia, deseándola Teodosia la muerte, D. Rafael la vida, entrambos celosos y apasionados : Teodosia buscando tachas que ponerla, por no desmayar en su esperanza ; D. Rafael hallándola perfecciones, que de

punto en punto le obligaban más á amarla. Con todo esto no se descuidaron de darse prisa, de modo que llegaron á Barcelona poco antes que el sol se pusiese. Admiró es el hermoso sitio de la ciudad, y la estimaron por flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España, temor y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, regalo y delicia de sus moradores, amparo de los extranjeros, escuela de la caballeria, ejemplo de lealtad, y satisfaccion de todo aquello que una grande, famosa, rica y bien fundada ciudad puede pedir un discreto y curioso deseo. En entrando en ella oyeron grandísimo ruido, y vieron correr gran tropel de gente con grande alboroto, y preguntando la causa de aquel ruido y movimiento, les respondieron que la gente de las galeras que estaban en la playa se habia revuelto y trabado con la de la ciudad. Oyendo lo cual D. Rafael quiso ir á ver lo que pasaba, aunque Calvete le dijo que no lo hiciese, por no ser cordura irse á meter en un manifesto peligro; que él sabia bien cuán mal libraban los que en tales pendencias se metian, que eran ordinarias en aquella ciudad cuando á ella llegaban galeras. No fué bastante el buen consejo de Calvete para estorbar á D. Rafael la ida, y así le siguieron todos: y en allegando á la marina vieron muchas espadas fuera de las vainas, y mu-

cha gente achuchillándose sin piedad alguna con todo esto, sin apearse llegaron tan cerca, que distintamente veían los rostros de los que peleaban, porque aún no era puesto el sol. Era infinita la gente que de la ciudad acudía, y mucha la que de las galeras se desembarcaba, puesto que el que las traía á cargo, que era un caballero valenciano, llamado D. Pedro Vique, desde la popa de la galera capitana amenazaba á los que se habían embarcado en los esquifes para ir á socorrer á los suyos; mas viendo que no aprovechaban sus voces ni sus amenazas, hizo volver las proas de la galeras á la ciudad, y disparar una pieza sin bala, señal de que si no se apartasen, otro no iría sin ella. En esto estaba D. Rafael atentamente mirando á cual y bien trabada riña, y vió y notó que de parte de los que más se señalaban de las galeras lo hacía gallardamente un mancebo de hasta veintidos ó poco más años, vestido de verde, con un sombrero de la misma color, adornado con un rico trencillo, al parecer de diamantes: la destreza con que el mozo se combatía, y la bizarria del vestido, hacían que volviesen á mirarlos todos cuantos la pendencia miraban; y de tal manera le miraron los ojos de Teodosia y de Leocadia, que ambas á un mismo punto y tiempo dijeron; Várame Dios! O yo notengo ojos, ó aquel do le verde es Marco Antonio.

Y en diciendo esto, con gran ligereza saltaron de las mulas, y poniendo mano á sus dagas y espadas, sin temor alguno se entraron por mitad de la turba, y se pusieron la una á un lado y la otra al otro de Marco Antonio (que él era el mancebo de lo verde que se ha dicho). No temais, dijo así como llegó Leocadia, señor Marco Antonio, que á vuestro lado teneis quien os hará escudo con su propia vida por defender la vuestra. ¿Quién lo duda, replicó Teodosia, estando yo aquí? D. Rafael, que vió y oyó lo que pasaba, las siguió asimismo, y se puso de su parte. Marco Antonio, ocupado en ofender y defenderse, no advirtió en las razones que las dos le dijeron; antes cebado en la pelea, hacía cosas al parecer increíbles. Pero como la gente de la ciudad por momentos erecía, fuéles forzoso á los de las galeras retirarse hasta meterse en el agua. Retirábase Marco Antonio de mala gana, y á su mismo compas se iban retirando á sus lados los dos valientes y nuevas Bradamante y Marfisa, ó Hipólita y Pantasilea. En esto vino un caballero catalán de la famosa familia de los Cardonas, sobre un poderoso caballo, y poniéndose, en medio de las dos partes, hacía retirar los de la ciudad, los cuales le tuvieron respeto en conociéndole. Pero algunos desde lejos tiraban piedras á los que ya se iban acogiéndose al agua, y quiso la mala suerte que

una acertase en la sien á Marco Antonio con tanta furia; que dió con él en el agua, que ya le daba á la rodilla, y apenas Leocadia le vio caido, cuando se abrazó con él y le sostuvo en sus brazos, y lo mismo hizo Teodosia. Estaba D. Rafael un poco desviado. defendiéndose de las infinitas piedras que sobre él llovian: y queriendo acudir al remedio de su dama y al de su hermana y cuñado, el caballero catalan se le puso delante, diciéndole: Sosegáos, señor, por le que debéis á un buen soldado. y hacedme merced de poneros á mi lado, que yo os libraré de la insolencia y demasia deste desmandado vulgo. ¡Ah, señor! respondió D. Rafael, dejadme pasar, que veo en gran peligro puestas las cosas que en esta vida más quiero. Dejóle pasar el caballero, mas no llegó tan á tiempo, que ya no hubiesen recogido en el esquife de la galera capitán á Marco Antonio y á Leocadia, que jamás le dejó de los brazos, y queriéndose embarcar con ellos Teodosia, ó ya fuese por estar cansada, ó por la pena de haber visto herido á Marco Antonio, ó por ver que se iba con él su mayor enemiga, no tuvo fuerza para subir en el esquife, y sin duda cayera desmayada en el agua, si su hermano no llegaría á tiempo de socorrerla el cual no sintió menor pena de ver que con Marco Antonio se iba Leocadia, que su hermana habia sentido

(que ya tambien él habia conocido á Marco Antonio). El caballero catalan, aficionado de la gentil presencia de D. Rafael y de su hermana (que por hombre tenia), los llamó desde la orilla y les rogó que con él se viniesen; y ellos, forzados de la necesidad, y temerosos de que la gente que aún no estaba pacífica les hiciese algun agravio, hubieron de aceptar la oferta que se les hacia. El caballero se apeó, y tomándolos á su lado, con la espada desnuda pasó por medio de la turba alborotada, rogándoles que se retirasen, y así lo hicieron. Miró D. Rafael á todas partes por ver si veria á Calvete con las mulas, y no le vió, á causa que él, así como ellos se apearon, las antecogió y se fué á un meson donde solia posar otras veces. Llegó el caballero á su casa, que era una de las principales de la ciudad, y preguntando á D. Rafael en cuál galera venia, le respondió que en ninguna, pues habia llegado á la ciudad al mismo punto que se comenzaba la pendencia, y que por haber conocido en ella al caballero que llevaron herido de la pedrada en el esquife, se habia puesto en aquel peligro, y que le suplicaba diese orden como sacasen á tierra al herido, que en ello le importaba el contento y la vida. Eso haré yo de buena, dijo el caballero, y sé que me le dará seguramente el general, que es principal caballero y pariente mio: y sin detener

se más, volvió á la galera y halló que estaban curando á Marco Antonio, y la herida que tenia era peligrosa, por ser en la sien izquierda y decir el cirujano ser de peligro : alcanzó con el general se le diese para curarle en tierra, y puesto con gran tiento en el esquife, le sacaron, sin quererle dejar Leocadia, que se embarcó con él como en seguimiento del norte de su esperanza. En llegando á tierra hizo el caballero traer de su casa una silla de manos donde le llevasen. En tanto que esto pasaba, habia enviado D. Rafael á buscar á Calvete, que en el meson estaba con cuidado de saber lo que la suerte habia hecho de sus amos, y cuando supo que estaba buenos, se alegró en extremo y vino adonde D. Rafael estaba.

En esto llegaron el señor de la casa, Marco Antonio y Leocadia, y á todos alojó en ella con mucho amor y magnificencia : ordenó luego cómo se llamase á un cirujano famoso de la ciudad para que de nuevo curase á Marco Antonio : vino, pero no quiso curarle hasta otro dia, diciendo que siempre los cirujanos de los ejércitos y armadas eran muy experimentados por los muchos heridos que á cada paso tenian entre las manos, y así no convenia curarle hasta otro dia : lo que ordenó fué le pusiesen en un aposento abrigado, donde le dejasen sosegar. Llegó en aquel instante el cirujano de las galeras,

y dió cuenta al de la ciudad de la herida y de cómo le habia curado, y del peligro que de la vida á su parecer tenia el herido; con lo cual se acabó de enterar el de la ciudad que estaba bien curado; y ansimismo (segun la relacion que se le habia echo) exageró el peligro de Marco Antonio. Oyeron esto Leocadia y Teodosia con aquel sentimiento que si oyeran la sentencia de su muerte; mas por no dar muestras de su dolor, le reprimieron y callaron, y Leocadia determinó de hacer lo que le pareció convenir para satisfaccion de su honra; y fué que así como se fueron los cirujanos, se entró en el aposento de Marco Antonio, y delante del señor de la casa, de D. Rafael, Teodosia y de otras personas, se llegó á la cabecera del herido, y asiéndole de la mano le dijo estas razones : No estais en tiempo, señor Marco Antonio Adorno, ed que se puedan ni deban gastar con vos muchas palabras; y así sólo queria que me oyésedes algunas que convienen, si no para la salud de vuestro cuerpo, convendrán para la de vuestra alma, y para deciros las es menester que me deis licencia y que advirtais si estais con sujeto de escucharme; que no sería razon que habiendo yo procurado desde el punto, que os conocí no salir de vuestro gusto, en este instante que le tengo por el postrero seros causa de pesadumbre. A estás

razones abrió Marco Antonio los ojos y los puso atentamente en Leocadia, y habiéndola casi conocido, más por el órgano de la voz que por la vista, con voz debilitada y doliente le dijo: Decid, señor, lo que quisieredes, que no estoy tan al cabo que no pueda escucharos, ni esa voz me es tan desagradable que me cause fastidio el oír. Atentísima estaba á todo este coloquio Teodosia, y cada palabra que Leocadie decía era una aguda saeta que le atravesaba el corazón, y aun el alma de D. Rafael, que asimismo la escuchaba. Y prosiguiendo Leocadia, dijo: Si el golpe de la cabeza, ó por mejor decir, el que á mi me han dado en el alma, no os ha llevado, señor Marco Antonio, de la memoria la imagen de aquella que poco tiempo há que vos decíades ser vuestra gloria y vuestro cielo, bien os debeis acordar quién fué Leocadia, y cuál fué la palabra que le disteis firmada en una cédula de vuestra mano y letra, ni se os habrá olvidado el valor de sus padres, la entereza de su recato y honestidad, y la obligacion en que le estais por haber acudido á vuestro gusto en todo lo que quisierdes; si esto no se os ha olvidado, aunque me veais en este traje tan diferente, conoceréis con facilidad que yo soy Leocadia, que temerosa que nuevos accidentes y nuevas ocasiones no me quitásen lo que tan justamente es mio, así

como supe que de vuestro lugar os habíades partido, atropellando por infinitos inconvenientes, determiné seguiros en este hábito, con intencion de buscaros por todas las partes de la tierra hasta hallaros: de lo cual no os debeis maravillar, si es que alguna vez habeis sentido hasta dónde llegan las fuerzas de un amor verdadero y la rabia de una mujer engañada. Algunos trabajos he pasado en esta mi demanda, todos los cuales los juzgo y tengo por descanso con el descuento que han traído de veros; que puesto que esteis de la manera que estais, si fuere Dios servido de llevaros desta á mejor vida, con hacer lo que debeis á quien sois ántes de la partida, me juzgaré por más que dichosa, prometiéndos, como os prometo, de darne tal vida despues de vuestra muerte, que bien poco tiempo se pase sin que os siga en esta última y forzosa jornada; y así os ruego primeramente por Dios, á quien mis deseos é intentos van encaminados, y luego por vos, que debeis mucho á ser quien sois, últimamente por mí, á quien debeis más que á otra persona del mundo, que aquí luego me recibais por vuestra legitima esposa, no permitiendo haga la justicia lo que con tantas veras y obligaciones la razon os persuade. No dijo más Leocadia, y todos los que en la sala estaban guardaron un maravilloso silencio en tanto que estuvo

hablando, y con el mismo silencio esperaban la respuesta de Marco Antonio, que fué ésta: No puedo negar, señora, el conoceros, y que vuestra voz y vuestro rostro no consentirán que lo niegue; tampoco puedo negar lo mucho que os debo ni el gran valor de vuestros padres, junto con vuestra incomparable honestidad y recogimiento; ni os tengo ni os tendré en ménos por lo que habeis hecho en venirme á buscar en traje tan diferente del vuestro, antes por esto os estimo y estimaré en el mayor grado que ser pueda; pero pues mi corta suerte me ha traído á termino, como vos decís, que creo que será el postrero de mi vida, y son los semejantes trances los apuraderos de las verdades, quiere decirs una verdad, que si no os fuere ahora de gusto, podria ser que despues os fuese de provecho. Confieso, hermosa Leocadia, que os quise bien y que me quisisteis, y juntamente con esto confieso que la cédula que os hice fué más por cumplir con vuestro deseo que con el mio; porque ántes que la firmase, con muchos días, tenia entregada mi voluntad y mi alma á otra doncella de mi mismo lugar, que vos bien conocéis, llamada Teodosia, hija de tan nobles padres como los vuestros; y si á vos os di cédula firmada de mi mano, á ella le di la mano, firmada y acreditada con tales obras y testigos, que quedé imposibilitado

de dar mi libertad á otra persona en el mundo. Los amores que con vos tuve fueron de pasatiempo, sin que dellos alcanzase otra cosa sino las flores que vos sabeis, las cuales no os ofendieron ni pueden ofender en cosa alguna; lo que con Teodosia me pasó fué alcanzar el fruto que ella pudo darme y yo quise que me diese, con fe y seguro de ser su esposo, como lo soy; y si á ella y á vos os dejé en un mismo tiempo, á vos suspensión y engañada, y á ella temerosa y á su parecer sin honra, hicelo con poco discurso y con juicio de mozo, como lo soy, creyendo que todas aquellas cosas eran de poca importancia, y que las podía hacer sin escrúpulo alguno, con otros pensamientos que entónces me vinieron y solicitaron lo que queria hacer, que fué venirme á Italia y emplear en ella algunos de los años de mi juventud, y despues volver á ver lo que Dios habia hecho de vos y de mi verdadera esposa; mas doliéndose de mí el cielo, sin duda creo que ha permitido ponerme de la manera que me veis, para que confesando estas verdades, nacidas de mis muchas culpas, pague en esta vida lo que debo, y vos quedeis desengañada y libre para hacer lo que mejor os pareciere; y si en algun tiempo Teodosia supiere mi muerte, sabrá de vos y de los que están presentes cómo en la muerte le cumplí la palabra que le di en la vida;

y si en el poco tiempo que della me queda, señora Leocadia, os puedo servir en algo, decidmelo, que como no sea recibiros por esposa, pues no puedo, ninguna otra cosa dejaré de haber que á mí sea posible por daros gusto.

En tanto que Marco Antonio decia estas razones tenia la cabeza sobre el codo, y en acabándolas dejó caer el brazo, dando muestras que se desmayaba. Acudió luego D. Rafael, y abrazándole estrechamente le dijo: Volved en vos, señor mío, y abrazad á vuestro amigo y á vuestro hermano, pues vos quereis que lo sea: conoced á D. Rafael, vuestro camarada, que será el verdadero testigo de vuestra voluntad y de la merced que á su hermana quereis hacer con admitirla por vuestra. Volvió en sí Marco Antonio, y al momento conoció á D. Rafael, y abrazándole estrechamente y besándole en el rostro, le dijo: Ahora digo, hermano y señor mío, que la suma alegría que he recibido en veros no puede traer ménos descuento que un pesar grandísimo, pues se dice que tras el gusto se sigue la tristeza; pero yo daré por bien empleada cualquiera que me viniere, á trueco de haber gustado del éontento de veros. Pues yo os lo quiero hacer más cumplido, replicó D. Rafael con presentaros esta joya, que es vuestra amada esposa; y buscando

á Teodosia la hallá llorando detrás de toda la gente, suspensa y atónita entre el pesar y la alegría por lo que veía y por lo que habia oido decir. Asíola su hermano de la mano, y ella sin hacer resistencia se dejó llevar donde él quiso, que fué ante Marco Antonio, que la conoció y se abrazó con ella, llorando los dos tierno y amorosas lágrimas. Admirados quedaron cuantos en la sala estaban, viendo tan extraño acontecimiento: mirábanse unos á otros sin hablar palabra, esperando en qué habian de parar aquellas cosas. Mas la desengañada y sin ventura Leocadia, que vió por sus ojos lo que Marco Antonio hacia, y vió al que pensaba ser hermano de D. Rafael en brazos del que tenía por su esposo, viendo junto, con esto burládos sus deseos y perdidas sus esperanzas, se hurtó de los ojos de todos (que atentos estaban mirando lo que el enfermo hacia con el paje que abrazado tenía) y se salió de la sala ó aposento, y en un instante se puso en la calle con intencion de irse desesperada por el mundo ó adonde gentes no la viesen; mas apenas habia llegado á la calle, cuando D. Rafael ia echó ménos, y como si le faltara el alma, preguntó por ella y nadie le supo dar razon dónde se habia ido; y así sin esperar más, desesperado salió á buscarla, y acudió adonde le dijeron que posaba Calvete, por si

habia ido allá á procurar alguna cabalgadura en que irse; y no hallándola allí, andaba como loco por las calles, buscándola de unas partes á otras; y pensando si por ventura se habia vuelto á las galeras, llegó á la marina, y no poco ántes que llegase oyó que á grandes voces llamaban desde la tierra el esquife de la capitana, y conoció que quien las daba era la hermosa Leocadia, la cual, recelosa de algun desman, sintiendo pasos á sus espaldas, empuñó la espada y esperó apercibida que llegase D. Rafael, á quien ella luégo conoció, y le pesó de que la hubiese hallado, y más en parte tan sola, que ya ella habia entendido. por más de una muestra que D. Rafael le habia dado, que no la quería mal, sino tambien que tomara por buen partido que Marco Antonio la quisiera otro tanto. ¿Con qué razones podré yo decir ahora las que D. Rafael dijo á Leocadia declarándole su alma, que fueron tantas y tales que no me atrevo á escribirlas? Mas pues ea forzoso decir algunas, las que entre otros le dijo fueron éstas: Si con la ventura que me falta me faltase ahora ¡oh hermosa Leocadia! el atrevimiento de descubriros los secretos de mi alma, quedaria enterada en los senos del perpétuo olvido la más enamorada y honesta voluntad que ha nacido ni puede nacer en un enamorado

pecho. Pero, por no hacer este agravio á mi justo deseo, véngame lo que viniere, quiero, señora, que advirtais, si es que os da lugar vuestro arrebatado pensamiento, que en ninguna cosa se me aventaja Marco Antonio sino es en el bien de ser de vos querido: mi linaje es tan bueno como el suyo, y en los bienes que llaman de fortuna no me hace mucha ventaja; en los de naturaleza no conviene que me alabe, y más si á los ojos vuestros no son de estima: todo esto digo, apasionada señora, porque tomeis el remedio y el medio que la suerte os ofrece en el extremo de vuestra desgracia: ya veis que Marco Antonio no puede ser vuestro, porque el cielo le hizo de mi hermana, y el mismo cielo que hoy os ha quitado á Marco Antonio, os quiere hacer recompensa conmigo, que no deseo otro bien en esta vida que entregarme por esposo vuestro: mirad que el buen suceso está llamando á las puertas que hasta ahora habeis tenido del malo, y no penseis que el atrevimiento que habeis mostrado en buscar á Marco Antonio ha de ser parte para que ro os estime y tenga en lo que mereciéades si nunca le hubiérades tenido, que en la hora que quiero y determino igualarme con vos, eligiéndos por perpétua señora mía, en aquella misma se me ha de olvidar, y ya se me ha olvidado todo cuanto en esto he

sabido y visto; que bien sé que las fuerzas que á mí me han forzado á que tan de rondon y á rienda suelta me disponga á adoraros y á entregarme por vuestro, estas mismas os han traído á vos al estado en que estais, y así no habrá necesidad de buscar disculpa donde no ha habido yerro alguno. Callando estuvé Leocadia á todo cuanto D. Rafael le dijo, sino que de cuando en cuando daba unos profundos suspiros, salidos de lo íntimo de sus entrañas: tuvo atrevimiento D. Rafael de tomarle una mano, y ella no tuvo esfuerzo para estorbárselo, y allí besándosela muchas veces le decia: Acabad, señora de mi alma, de serlo del todo á vista destes estrellados cielos que nos cubren y deste sosegado mar que nos escucha y destas bañadas arenas que nos sustentan; dadme ya el sí, que sin duda conviene tanto á vuestra honra como á mi contento; vuélvoos á decir que soy caballero, como vos sabeis, y rico, y que os quiero bien, que es lo que más habeis de estimar, y que en cambio de hallaros sola y en traje que desdice mucho del de vuestra honra, léjos de la casa de vuestros padres y parientes, sin persona que os acuda á lo que menester hubiéredes, y sin esperanza de alcanzar lo que buscáades, podeis volver á vuestra pátria en vuestro propio, honrado y verdadero traje, acompañada

de tan buen esposo como el que vos supiéteis escogeros; rica, contenta, estimada y servida, y áun loada de todos aquellos á cuya noticia llegaren los sucesos de vuestra historia: si esto es así, como lo es, no sé en qué estais dudando: acabad (que otra vez os lo digo) de levantarme del suelo de mi miseria al cielo de mereceros, que en ello haréis por vos misma, y cumpliréis con las leyes de la cortesía y del buen conocimiento, mostrándoos en un mismo punto agradecida y discreta, Ea, pues, dijo á esta sazón la dudosa Leocadia, pues así lo ha ordenado el cielo, y no es en mi mano ni en la de viviente alguno oponerse á lo que él determinado tiene, hágase lo que el quiere y vos queréis señor mio; y sabe el mismo cielo con la vergüenza que vengo á condescender con vuestra voluntad, no porque no entienda lo mucho que en cumpliendo vuestro gusto me habeis de mirar con otros ojos de los que quizá hasta agora mirándome, os han engañado; mas sea como fuere, que, en fin, el nombre de ser mujer legítima de D. Rafael de Villavicencio no lo podré perder, y con este título sólo viviré contenta; y si las costumbres que en mí viéredes despues de ser vuestra fueren parte para que me estimeis en algo, daré al cielo las gracias de haberme traído

por tan extraños rodeos y por tantos males á los bienes de eer vuestra: dedme, señor D. Rafael, la mano de ser mio, y veis aquí os la doy de ser vuestra, y sirvan de testigos los que vos decís, el cielo, la mar, las arenas y este silencio, solo interrumpido de mis suspiros y de vuestros ruegos: Diciendo esto se dejó abrazar y lo dió la mano, y D. Rafael le dió la suya, celebrando el nocturno y nuevo despesorio solas las lágrimas que el contento, á pesar de la pasada tristeza, sacaba de sus ojos: Luégo se volvieron á casa del caballero, que estaba con grandísima pena de su falta, y la misma tenían Marco Antonio y Teodosia, los cuales ya por mano de clérigo estaban desposados, que á persuasion de Teodosia (temerosa que algun contrario accidente no le turbase el bien que habia hallado) el caballero envió luégo por quien los desposase: de modo que cuando D. Rafael y Leocadia entraron, y D. Rafael contó lo que con Leocadia le habia sucedido, así les aumentó el gozo, como si ellos fueran sus cercanos parientes; que es condicion natural y propia de la nobleza catalana saber ser amigos y favorecer á los extranjeros que dellos tienen necesidad alguna. El sacerdote, que presente estaba, ordeno que Leocadia mudase el hábito y se vistiese en el suyo; y el caballero acudió á ello con pres-

teza, vistiendo á las dos de dos ricos vestidos de su mujer, que era una principal señora, del linaje de los Granolleques, famoso y antiguo en aquel reino. Avisó al cirujano, quien por caridad se dolia del herido, cómo hablaba mucho y no le dejaban solo, el cual vino y ordenó lo primero que le dejasen en silencio. Pero Dios, que así lo tenía ordenado, tomando por medio é instrumento de sus obras (cuando á nuestros ojos quiere hacer alguna maravilla) lo que la misma naturaleza no alcanza, ordenó que el alegría y poco silencio que Marco Antonio habia guardado fuese parte para mejorarle, de manera que otro dia cuando le curaron le hallaron fuera de peligro, y de allí á catorce se levantó tan sano, que sin temor alguno se pudo poner en camino,

Es de saber que en el tiempo que Marco Antonio estuvo en el lecho, hizo voto, si Dios le sanase, de ir en romería á pié á Santiago de Galicia, en cuya promesa le acompañaron D. Rafael, Leocadia y Teodosia, y áun Calveta, el mozo de mulas (obra pocas veces usada de los de oficios semejantes); pero la bondad y llaneza que habia conocido en D. Rafael le obligó á no dejarle hasta que volviese á su tierra; y viendo que habian de ir á pié como peregrinos, envió las mulas á Salamanca con la que era de D. Rafael, que no faltó con

quien enviarlas. Llegóse, pues, el día de la partida, y acomodados de sus esclavinas y de todo necesario, se despidieron del liberal caballero que tanto les había favorecido y agasajado, cuyo nombre era don Sancho de Cardona, ilustrísimo por sangre, y famoso por su persona: ofreciéronsele todos de guardar perpétuamente ellos y sus descendientes, á quien se lo dejarían mandado, la memoria de las mercedes tan singulares del recibidas, para agradecellas siquiera, ya que no pudiesen servirles. D. Sancho los abrazó á todos, diciendoles que de su natural condicion nacia hacer aquellas obras, ó otras que fuesen buenas á todos los que conocia é imaginaba ser hidalgos castellanos. Reiteráronse dos veces los abrazos, y con alegría mezclada con algun sentimiento triste se despidieron, y caminando con la comodidad que permitia la delicadeza de las dos nuevas peregrinas, en tres días llegaron á Monserrate, y estando allí otros tantos, haciendo lo que á buenos y católicos cristianos debían, con el mismo espacio volvieron á su camino, y sin sucederles revés ni desmán alguno llegaron á Santiago. Y despues de cumplir su voto con la mayor devocion que pudieron, no quisieron dejar el hábito de peregrinos hasta entrar en sus casas, á las cuales llegaron poco á poco, descansados y

contentos; mas ántes que llegasen, estando á vista del lugar de Leocadia (que como se ha dicho era á una legua del de Teodosia), desde encima de un recuesto los descubrieron á entrambos, sin poder encubrir las lágrimas que el contento de verlos les trujo á los ojos, á lo menos á las dos desposadas, que con su vista, renovaron la memoria de los pasados sucesos.

Descubriase desde la parte donde estaban un ancho valle que los pueblos dividia, en el cual vieron á la sombra de un olivo un dispuesto caballero sobre un poderoso caballo, con una blanquísima adarga en el brazo izquierdo, una gruesa y larga lanza terciada en el derecho: y mirándole con atencion, vieron que asimismo por entre unos olivares venían otros dos caballeros con las mismas armas y con el mismo donaire y apostura, y de allí á poco vieron que se juntaron todos tres, y habiendo estado un pequeño espacio juntos se apartaron, y uno de los que á lo último habían venido se apartó con el que estaba primero debajo del olivo: los cuales, poniendo las espuelas á los caballos, arremetieron el uno al otro con muestras de ser mortales enemigos, comenzando á tirarse bravos y diestros botes de lanza, ya hurtando los golpes, ya recogéndolos con tanta destreza, que daban bien á entender ser

maestros en aquel ejercicio: el tercero los estaba mirando sin moverse de un lugar; mas no pudiendo D. Rafael sufrir estar tan lejos, mirando aquella tan reñida y singular batalla, á todo correr bajó del recuesto siguiéndole su hermana y su esposa, y en poco espacio se puso junto á los dos combatientes, á tiempo que ya los dos caballeros andaban algo heridos; y habiéndosele caído á uno el sombrero, y con él un casco de acero, al volver el rostro conoció D. Rafael ser su padre, y Marco Antonio conoció que el otro era el suyo. Leocadia, que con atención había mirado al que no se combatía, conoció que era el padre que la había engendrado, de cuya vista todos cuatro suspensos, atónitos y fuera de sí quedaron; pero dando el sobresalto lugar al discurso de la razón, los dos cuñados sin detenerse, se pusieron en medio de los que peleaban, diciendo á voces: No más, caballeros, no más, que los que estos os piden y supplican son vuestro propios hijos. Yo soy Marco Antonio, padre y señor mío, decía Marco Antonio; y soy aquel por quien, á lo que imagino, están vuestras canas venerables puestas en este riguroso trance: templad la furia y arrojad la lanza, ó volvedla contra otro enemigo, que el que teneis delante ya de hoy más ha de ser vuestro hermano. Casi estas mismas razones de

cia D. Rafael á su padre, á las cuales se detuvieron los caballeros, y atentamente se pusieron á mirar á los que se las decían, y volviendo la cabeza, vieron que D. Enrique, el padre de Leocadia, se había apeado, y estaba abrazado con el que pensaban ser peregrino; y era que Leocadia se había llegado á él, y dándose á conocer, le rogó que pusiese en paz á los que se combatían, confándole en breves razones cómo D. Rafael era su esposo, y Marco Antonio lo era de Teodosia. Oyendo esto su padre se apeó, y la tenía abrazada, como se ha dicho; pero dejándola acudió á ponerlos en paz, aunque no fué menester, pues ya los dos habían conocido á sus hijos, y estaban en el suelo, teniendo los abrazados, llorando todos lágrimas de amor y de contento nacidas. Juntáronse todos, y volvieron á mirar á sus hijos, y no sabían qué decirse; atentábanle los cuerpos por ver si eran fantásticos, que su improvisa llegada estas y otras sospechas engendraba, pero desengañados algún tanto, volvieron á las lágrimas y á los abrazos. Y en esto asomó por el mismo valle gran cantidad de gente armada de á pié y de á caballo, los cuales venían á defender al caballero de su lugar; pero como llegaron y los vieron abrazados de aquellos peregrinos y preñados los ojos de lágrimas, se apearon y admiraren, estando suspensos, hasta tanto

que D. Enrique les dijo brevemente lo que Leocadia su hija les habia contado. Todos fueron á abrazar á los peregrinos con muestras de contentos tales, que no se pueden encarecer. Don Rafael de nuevo contó á todos, con la brevedad que el tiempo requería, todo el suceso de sus amores, y de cómo venía casado con Leocadia, y su hermana Teodosia con Marco Antonio, nuevas que de nuevo causaron nueva alegría. Luégó de los mismos caballos de la gente que llegó al socorro tomaron los que hubieron menester para los cinco peregrinos, y acordaron de irse á lugar de Marco Antonio, ofreciéndole su padre de hacer allí las bodas de todos, y con este parecer se partieron; y algunos de los que se habian hallado presentes se adelantaron á pedir albricias á los parientes y amigos de los desposados. En el camino supieron D. Rafael y Marco Antonio la causa de aquella pendencia, que fué que el padre de Teodosia y el de Leocadia habian desafiado al padre de Marco Antonio en razon de que él habia sido sabidor de los engaños de su hijo, y habiendo venido los dos, y hallándole solo, no quisieron combatirse con alguna ventaja, sino uno á uno como caballeros, cuya pendencia parára en la muerte de uno ó en la de entrambos si ellos no hubieran llegado. Dieron gracias á Dios los cuatro peregrinos del suceso feliz. Y otro

dia, despues que llegaron, con real y espléndida magnificencia y suntuoso gasto, hizo celebrar el padre de Marco Antonio las bodas de su hijo y Teodosia, y las de D. Rafael y Leocadia. Los cuales luengos y felices años vivieron en compañía de sus esposas, dejando de sí ilustre generacion y descendencia, que hasta hoy dura en estos dos lugares, que son de los mejores de la Andalucía; y si no se nombran es por guardar el decoro á las dos doncellas, á quien quizá las lenguas maldicientes, ó neциamente escrupulosas, les harán cargo de la ligereza de sus deseos y del súbito mudar de trajes; á los cuales ruego que no se arrojen á vituperar semejantes libertades hasta que miren en sí, si alguna vez han sido tocados destas que llaman flechas de Cupido, que en efecto es una fuerza, si así se puede llamar, incontrastable, que hace el apetito á la razon. Calvete, el mozo de mulas, se quedó con la que de D. Rafael habia enviado á Salamanca, y con otras muchas dádivas que los dos desposados le dieron; y los poetas de aquel tiempo tuvieron ocasion donde emplear sus plumas, exagerando la hermosura y los sucesos de las dos tan atrevidas quanto honestas doncellas, sujeto principal desde extraño suceso.

FIN.